



Reseñas

Asalariados rurales en territorios del agronegocio: flores y brócoli en Cotopaxi*

Martine Dirven**

DOI: <http://dx.doi.org/10.17141/eutopia.11.2017.2866>



Si bien se observa en Ecuador un proceso de mercantilización de la mano de obra agrícola desde principios del Siglo XX, es a partir de 1970 que, en la Sierra ecuatoriana, el auge de la ganadería de leche generó una disminución importante de la demanda de mano de obra, lo que fue una de las razones para la paulatina desvinculación de hombres y mujeres del sistema de la hacienda. El predominio de un sector agrícola polarizado y con relativa baja necesidad de mano de obra obligó a muchos jóvenes a migrar o a emplearse en localidades cercanas en empleos no agrícolas como la construcción, o distintos servicios. Hacia mediados de los años de 1980, el paisaje en torno a Cotopaxi empieza a cambiar desde

praderas con vacas, hacia la floricultura con plásticos y, a principios de los noventa, también campos con brócoli. Entretanto, la provincia de Cotopaxi se ha convertido en la segunda en importancia en la producción y exportación de flores del Ecuador, y Ecuador en el tercer país exportador de flores del mundo, después de Holanda y Colombia. Paralelamente, surge una demanda local importante de mano de obra, esencialmente joven y femenina.

Este reemplazo de la ganadería lechera en manos de terratenientes y pequeños productores ecuatorianos por empresas transnacionales no solo ha cambiado el paisaje, sino también el *locus* (ahora externo) de las decisiones, y con estrategias basadas en el contexto internacional. Al mismo tiempo, la relación directa del dueño con el trabajador ha sido reemplazada por una relación indirecta, de tinte totalmente capitalista, entre el trabajador y el gerente de la empresa o, más a menudo, personal subalterno. Todo aquello ha socavado las relaciones sociales locales pre-existentes.

En su investigación, llevada a cabo en 2012, Luciano Martínez pone el acento en los trabajadores. Su libro es un aporte importante para todos aquellos interesados en entender los cambios que están sucediendo con el empleo rural y los impactos que causa el avance del empleo asalariado en zonas tradicionalmente campesinas, incluyendo sus efectos sobre las relaciones intrafamiliares y comunitarias. Aunque la empresa no es el foco de su

* Martínez Valle, Luciano (2015). *Asalariados rurales en territorios del agronegocio: flores y brócoli en Cotopaxi*. Quito: Cuadernos de trabajo de FLACSO Ecuador. (119 páginas).

** Exfuncionaria de la Unidad de Desarrollo Agrícola de la CEPAL. Correo: mdirven@mi.cl

análisis, el autor aporta varios elementos para la reflexión sobre las ventajas que obtiene la agroindustria al instalarse en áreas de alta densidad poblacional con escasez de tierras y sus impactos en el territorio, entendido como una construcción social. Incluso se pregunta si, desde el punto de vista de la agroindustria, es más rentable una proletarización parcial. De allí que se estaría en presencia de una proletarización sin apropiación total de las parcelas o del agua, de modo totalmente funcional a los intereses de las empresas, que se verían en dificultades si las familias dependieran solo del salario para su reproducción.

Todos estos aspectos son esenciales a la hora de interpretar las relaciones empresa-asalariado, las condiciones de trabajo, la llegada de varios servicios al territorio, las nuevas pautas de consumo, y las inversiones y el trabajo en la parcela campesina. Martínez se aproxima al tema a través del análisis marxista. También se refiere y se apoya en autores como Bourdieu. Esto le permite sacar a la luz varios aspectos que no se habrían abordado con un análisis económico o social de corte más clásico. Sin embargo, a lo largo del texto y en las conclusiones se disciernen algunas incongruencias o contradicciones que probablemente se deben a cierta nostalgia subyacente por el pasado, quizás no tanto del autor mismo, sino de la bibliografía a la cual se refiere. Esto impide poner en una justa perspectiva el *counterfactual*, es decir, la situación actual y futura -hipotética- del territorio sin las agroindustrias como fuentes de trabajo local, así como también el libre albedrío y las preferencias de la población, mientras que el impacto de la mayor escolarización y las expectativas que despierta, no se mencionan.

El libro tiene ocho capítulos, además de la introducción y conclusiones. Los capítulos abordan la proletarización de la mano de obra rural local, la modelización del territorio por la agroindustria de flores y de brócoli, la descripción de las características del territorio, el análisis del asalariado, el mercado de trabajo desde la perspectiva del campo social, la sobrevivencia (precaria) de los minifundios, las pautas cambiadas del consumo como manifestación de la “desterritorialización”, y la baja sindicalización. A lo largo del libro, el autor analiza los efectos -muchas veces contradictorios- que las agroindustrias de flores y brócoli tienen sobre la población local. También analiza algunas de las diferencias entre las dos agroindustrias en términos de tipo de mano de obra mayormente contratada o su sindicalización, entre otras.

A continuación, porque son indicativos de la riqueza de percepción del autor y, por ende, del interés del libro para una cabal comprensión de los cambios que están aconteciendo en el mundo rural de hoy, mencionamos brevemente algunos de estos efectos contradictorios. Por ejemplo, los jóvenes migran menos o, incluso, regresan a su lugar de origen gracias al incremento de la demanda por mano de obra local. Sin embargo, se observa una fuerte individualización, incluyendo en las relaciones laborales, donde se pasó de una tradición de solidaridad y ayuda mutua a la competencia entre compañeros.

Hay una clara disminución de los índices de pobreza, gracias a que muchas familias tienen ahora dos o tres integrantes que perciben un salario. Sin embargo, el aumento de los

ingresos es acompañado por un consumismo individual, orientado a la importación local (y, generalmente también nacional) de bienes durables y de marca, en desmedro de la inversión en el campo y de la producción predial -a cargo ahora de la mano de obra “marginal” (ancianos esencialmente).

También, el autor se asombra sobre la facilidad con la cual los y las jóvenes se han acostumbrado a la disciplina laboral, con horarios fijos de trabajo y un sistema de jerarquías distintas a las acostumbradas. Por el otro lado, para algunos -los mayores en particular-, este cambio de disciplina laboral no ha sido fácil, llevándolos a idealizar el trabajo en la parcela o en la hacienda, aunque este se haya desarrollado en el umbral de la pobreza.

Otro efecto contradictorio, resulta en que para muchas mujeres su trabajo en la agroindustria es su primer contacto con el mundo asalariado y con el mundo fuera de su casa y de su comunidad. Esto conlleva una disminución de la “subordinación” en el seno familiar (Martínez incluso cita a Laville y García con “un medio para liberarse del yugo de la explotación familiar rural y de los roles sexuados estereotipados”). A tal punto que, como resultado de una falta de supervisión social, caída y no reemplazo de normas, y también de abusos, entre las jóvenes asalariadas hay un número importante de madres solteras. Al mismo tiempo, este primer contacto con el mundo laboral asalariado conlleva una gran docilidad en el trabajo.

Además, debido a la intensidad laboral en la agroindustria, a los largos horarios y al hecho que ahora los jóvenes tienen sus propios ingresos, se observa una creciente desvinculación con el cultivo de la parcela familiar. El trabajo asalariado de la mujer, en particular, conlleva también una fuerte disminución en el cuidado de niños y ancianos. Ambos fenómenos en conjunto pueden hasta poner en jaque la sobrevivencia en la parcela familiar. Además, la proporción de los salarios dedicada a inversiones en la producción agrícola es ínfima y no alcanza al 2% del salario mensual.

Otro detalle del libro recae en que las redes sociales, familiares y comunitarias también reposan fuertemente en las mujeres. Tradicionalmente, ellas dedican tiempo y esfuerzos importantes en mantenerlas. En un fenómeno parecido al de la disminución del trabajo en el predio y del cuidado de familiares, con el aumento del trabajo asalariado, también las redes -y las tradiciones de ayuda mutua en este ámbito- sufren de modo importante. Muchos de estos cambios son aún más pronunciados en las familias indígenas, porque el salto cultural es mayor.

Muchos asalariados prefieren vivir en los villorios más que en sus pueblos y gran parte del salario (casi el 40%) va a la compra de alimentos, mientras otra parte importante va a electrodomésticos y a otros bienes durables o de marca, casi ninguno producido en la localidad o en el país. El autor llama a estos fenómenos “desterritorialización” y “urbanización del campo”, con pautas de consumo que se asemejan cada vez más a las de la clase media urbana.

Los salarios a menudo son depositados en una cuenta bancaria. Junto con el aumento de los ingresos y del consumo, esto ha fomentado la llegada de una serie de servicios fi-

nancieros -esencialmente cooperativas de crédito-, almacenes y supermercados, discotecas y, también, tarjetas de crédito de varios tipos. Paralelamente, ha fomentado el endeudamiento a tal punto que, como promedio, más del 10% del salario mensual es destinado al repago de deudas.

Según el “índice de empleo precario” elaborado por el autor, los niveles son bastante positivos y los empleos no se pueden catalogar como “precarios”, en el sentido de que la mayoría de los puestos de trabajo son por todo el año y muchos trabajan en la misma empresa por varios años consecutivos. Por lo general, los trabajadores, tanto hombres como mujeres ganan el salario mínimo o más, tienen contrato y son adscritos a la seguridad social, aunque un tercio de los asalariados no recibe el salario mínimo. No se observan discriminaciones contra los postulantes indígenas en el momento de su contratación (aunque sí se observan entre los compañeros de trabajo). Del lado negativo, con el tiempo, las empresas han aumentado sus exigencias en cuanto a la cantidad mínima a ser recolectada, cortada y triada, y esto está conllevando problemas de salud, como *stress*, dolores de espalda, dolores musculares y tendinitis. También se reportan intoxicaciones.

Existe una baja sindicalización que se explica por falta de conocimiento y de tradición, pero también por falta de capital social, a pesar de que los trabajadores vienen de comunidades y localidades aledañas al lugar de trabajo. La baja sindicalización también se explica por la persecución y su estigmatización para conseguir otro empleo. Finalmente, también se explica porque las empresas han tomado la delantera y han creado comités alternativos que, para evitar problemas, los trabajadores parecen preferir. El resultado es que varias de las necesidades o reclamos de los trabajadores no están siendo abordados.

Algunas empresas ofrecen guarderías e incluso tienen escuelas en la empresa. Esto constituye otro factor con aristas positivas y negativas. Entre estas últimas está el menor contacto de los niños con sus familias extendidas y comunidades de origen, y todo lo relacionado con ello: traspaso de conocimientos y pautas culturales, apego afectivo, etc. Aún con todo lo arriba expuesto y el hecho que la opción de trabajar como asalariado en la agroindustria obedece a menudo a una opción más individual que familiar, las familias de los asalariados suelen ver su vinculación laboral con la industria de modo positivo. A su vez, la gran mayoría de los asalariados consideran que aunque tienen un “buen trabajo” no necesariamente “les gusta” su trabajo y preferirían hacer otra cosa -no especificada en el libro- si hubiera alternativas.

Martínez menciona tres razones por las cuales ve como imposible la reconstrucción del territorio campesino: el prohibitivo precio de las tierras debido a la presión por tierras por las agroindustrias, en especial las de brócoli, por las grandes extensiones que requieren y que han llevado a una mayor concentración de las tierras; la visión favorable de los jóvenes hacia el trabajo asalariado y fuera de la unidad doméstica; la presión de las empresas comerciales y del capital financiero para inducir el consumo (de bienes no locales) y el endeudamiento de las familias. Para entender esta opinión a cabalidad, es necesario tomar

en cuenta que, según las entrevistas hechas, menos de dos tercios de los asalariados en las agroindustrias de flores y brócoli pertenecen a familias con tierras y, de estas, un 40% posee sólo una hectárea o menos.

Citando a Bauman, el autor reflexiona sobre el cambio en la sociedad globalizada actual desde un paradigma de valores basados en la centralidad del trabajo hacia uno donde el consumo está en el centro. Menciona que el salario permite a los trabajadores rurales “huir culturalmente”, ya que permite consumir en consonancia con los ciudadanos, ayudado por las buenas comunicaciones viales entre campo y ciudad. Todo aquello que permite romper las barreras de antaño y vivir en el campo de otra forma, es decir, como no-campesinos, o sea, conlleva a un proceso profundo de “desterritorialización”.

Refiriéndose a Bourdieu con que “se han despojado de su poncho campesino... deben aceptar el overol proletario como algo normal en su vida y en sus prácticas sociales... una ruptura que no solo tiene una dimensión individual, sino también familiar y social”, el autor llama a repensar el nuevo papel de la familia rural en el territorio. Al mismo tiempo, denuncia el alto uso del agua por parte de las agroindustrias -un recurso relativamente escaso en la región-, con un consumo por hectárea de unas diez veces la de una parcela promedio campesina. Así mismo, denuncia que las inversiones en infraestructura y servicios por parte del Estado van en beneficio de las agroindustrias -incluso habla de acaparamiento y de alianzas empresa/Estado- en desmedro de las necesidades de la población local y, en particular, del campesinado. En general, Martínez percibe este modelo de producción como uno que aprovecha fuertemente los recursos locales y se valoriza hacia afuera, pero que no genera procesos endógenos que realmente benefician a la población local y a su territorio.